

CARTA XXXV.

DE JULIA.

No creía yo, amigo mio, que dos palabras que chanceandome habia dicho acerca de madama Belon merecieran tan seria explicacion: á veces tanto anhelo por justificarse produce el efecto opuesto, y el caso que de friolerías se hace, es solo el que en asuntos importantes las convierte; ciertamente no sucederá así con nosotros, porque corazones bien ocupados no son cosquillosos, y casi siempre las riñas de amantes sobre niñerías tienen muy mas sólidos fundamentos de lo que parece. No obstante celebro que haya dado origen esta friolera á que tratemos entre los dos de los zelos, asunto que por desgracia es para mí muy importante.

Del temple de nuestras almas, y de la índole analoga de nuestras inclinaciones, colijo, amado, que ha de ser el amor la principal ocupacion de nuestra vida. Cuando una vez ha hecho este las impresiones profundas que en ambos, ha de apagar ó absorber las demas pasiones; su menor tibieza fuera para nosotros parasismo mortal; al amor apagado se seguiria un invencible hastio, un eterno fastidio; y no podriamos vivir mucho tiempo habiendo cesado de amar. A mí particularmente bien sabes que solo el desvario me puede encubrir el horror de mi situacion presente, y que ó he de amar sin fin, ó morir de dolor: mira si tengo fundamento para ventilar con seriedad un punto, del cual debe pender la dicha ó la desdicha de mi vida.

En cuanto de mi propia puedo juzgar, me parece que aunque siento con frecuencia vivamente, soy poco sujeta á dejarme arrebatar. Menester seria que hubieran fermentado mucho tiempo mis penas en mi interior para que me atreviera á descubrir su principio al autor de ellas; y como vivo persuadida de que no es posible hacer sin querer una ofensa, primero sufriria cien motivos de queja, que explicarme una vez sola. A poca propension que una tenga á ser zelosa no es decible lo que puede resultar de se-

mejante caracter; y me temo que sien dentro de mí tan peligrosa propension, no porque no sepa que fué tu corazon formado para el mio, y no para el de otra alguna; pero á veces puede engañarse uno á sí propio, figurarse que momento momentaneo es una pasion, y hacer por mania tanto acaso como por amor hubiera hecho. Ora, si te puede creer tu inconstante sin serlo, con mas razon te puedo yo acusar sin razon de infidelidad. Esta horrorosa duda seria no obstante el tosigó de mi vida; gemiria sin quejarme, y moriria sin consuelo no habiendo cesado de ser querid@.

Obviemos, te lo ruego, una desventura que solo imaginada me hace estremecer. Jurame, dulce amigo mio, no por el amor, juramento que mientras se cumple es superfluo, mas por el sagrado nombre del honor que tanto respetas, que nunca dejaré de ser aquella de quien tu corazon fies, y que no habrá mudanza en él de que no me des cuenta á mí la primera. No me alegues que nunca tendrás de que hacerme sabedora, así lo creo y lo espero; pero disipa mis locos temores, y dame con tus empeños para un tiempo venidero que nunca llegará seguridad eterna del presente. Menos digna de compasion fuera yo declarandome tú mi desventura real, que padeciendo sin cesar imaginarios males; á lo menos disfrutaria de tus remordimientos; si no te abrasaba mi amoroso fuego, sentirias á lo menos mis penas, y serian para mí menos amargas las lagrimas que en tu seno vertiese.

En esta parte, amigo, me doy dos veces el parabien de mi eleccion por el suave vinculo que nos estrecha, y por la probidad que le afianza. Tal es el uso de esta regla de justicia en las cosas de puro afecto; así sabe la severa virtud templar las penas del tierno amor. Si fuera mi amante un hombre de principios laxos de moral, aunque me hubiera de amar eternamente, ¿cual seria la fianza de su constancia? que medio me quedaria para salir de mi desconfianza continua? ni como me cercioraria de que no era engañada ó por la falsedad suya ó la credulidad mia? Pero tú, digno y

respetable amigo, tú, que ni de disfraz ni de malas artes eres capaz, yo sé que me guardarás la sinceridad que prometido me hubieres. En tu alma recta no podrá mas la vergüenza de confesar tu infidelidad que la obligacion de cumplir tu palabra; y si dejar de amar á tu Julia pudieres, le dirias... Si, podrias decirle: Julia, no... Amigo mio, jamás escribiré yo esta frase.

¿Qué te parece de mi espediente? Estoy cierta de que es el unico que pueda desarraigat en mí todo movimiento de zelos; y hallo no sé que fineza que me hechiza en fiar tu amor de tu buena fe, y quitarme la facultad de creer una infidelidad que no me digas tú propio. Este es, querido, el seguro efecto de la obligacion que te impongo; porque te puedo creer mudable amante, mas no falso amigo, y cuando dudara de tu corazon, nunca de tu fe dudaria. ¿Qué deleite tengo en tomar sobre esto inútiles precauciones, y obviar las apariencias de una mudanza, cuya imposibilidad tan bien conozco! que encanto es hablar de zelos con tan fiel amante! Ah! si pudieras dejar de serlo no creas que te hablara así. No seria puesto en el caso tan prudente mi pobre corazon, y en breve me quitaria la menor desconfianza la gana de precaverme de ella.

Aquí tiene V., sabio maestro mio, materia que ventilar esta noche; porque sé que tendrán la honra sus dos humildes discípulas de cenar con V. en casa del padre de la inseparable. Sus doctos comentarios sobre la Gaceta han sido causa de que haya hallado tanta gracia ante él, que poca maña ha sido necesaria para hacer que le convidara. La hija ha hecho templar su clave; el padre ha ojeado á Lambert; y yo recordaré acaso la lección del bosquecillo de Clarens. O doctor en todas las facultades, siempre tiene V. alguna ciencia á pelo. El señor de Orbe, que, como puede V. creer, no faltará, está hablado para entablar una erudita discusion sobre el futuro feudo del Rey de Nápoles, durante la cual pasaremos los tres al cuarto de la prima. Allí, ó mi cautivo caballero, puesto de binojos ante vuestra soberana señora,

ambas manos en las suyas, á presencia de su canceller, jurareis pleitesia y vassallaje perpetuo, no quiero decir eterno amor (obligacion que nadie tiene en su mano cumplirla ó quebrantarla); sino verdad, sinceridad, ingenuidad inviolable. No jurareis obediencia, mas si no cometer fecho de malandrin, y declarar la guerra antes de sacudir el yugo. Despues se os dará la colada, y seréis reconocido vasallo de vuestra dama y armado caballero.

¡A Dios, querido amigo mio, la idea de la cena de esta noche me tiene llena de contento. Ah! cuanto se aumentará cuando sea testigo del tuyo!

CARTA XXXVI.

DE JULIA.

BESA esta carta, y brinca de gozo por la noticia que te voy á decir; pero piensa que aunque yo no brinque ni tenga cosa que besar, no soy la que menos se alegra. Mi padre, precisado á ir á Berna por su pleito, y de allí á Soleura por su pensión, ha propuesto á mi madre que le acompañara en el viaje; y esta ha admitido con la esperanza de algun alivio en su salud con la mudanza del aire. Me querian hacer la gracia de llevarme tambien, y yo no juzg@ conveniente mostrar repugnancia; pero han abandonado este proyecto por la dificultad del carruaje, y hacen por consolarme de que me quede. Tenia que afectar tristeza, y al fingido papel que me veo obligada á representar me ha causado una tan sincera, que casi me ha dispensado de fingir el remordimiento.

Mientras estén mis padres ausentes no seré señora de casa, pero estaré depositada en casa del padre de la prima; de suerte que seré verdaderamente todo este tiempo inseparable de la inseparable. Ademas, mi madre se ha querido privar de su doncella de labor, y me deja á Babi por guarda; que es una de aquellas centinelas poco incómodas, cuya fidelidad no se debe oprimper, ni tampoco fiarse de ellas; pero de quienes es facil zafarse cuando acomoda, con el

mas ligero cebo de diversion ó interes que se les presente.

Ya ves cuan facil será vernos por espacio de unos quince dias; pero aqui la prudencia debe suplir las dificultades, y nuestra voluntad imponernos las mismas privaciones á que en otros tiempos nos vemos precisados. No solo no debes, mientras estuviere yo en casa de mi prima venir con mas frecuencia que antes por temor de comprometerla, sino espero no tengo que hablarte ni de las atenciones que exige su sexo, ni de los sagrados derechos de la hospitalidad; y que no necesita un hombre de bien ser instruido sobre el respeto debido por amor á la amistad que le da un asilo. Conozco tu viveza, pero tambien conozco sus inviolables limites. Si nunca hubieras hecho sacrificios á lo que es honrado, no tendrías hoy ninguno que hacer.

¿De donde proviene ese semblante disgustado y esos ojos tristes? porque murmuras de las leyes que te impone tu obligacion? Deja á cargo de tu Julia el suavizarlas: ¿te has arrepentido alguna vez de escuchar con docilidad su voz? Cerca de las floridas colinas donde está el nacimiento del *Vevaise* hay un caserío solitario que suele ser albergue de cazadores, y solo debería ser asilo de amantes. En torno de la principal habitacion de que dispone el señor de Orbe, hay esparcidas á bastante distancia algunas chozas de pastores, que debajo de sus pajizos techos pueden encubrir el amor y el deleite á amantes de la sinceridad rústica. Las lozanas y llamadas lecheras saben guardar á otros el secreto de que ellas mismas necesitan. Los arroyos que por los prados se deslizan estan sembrados de arbustos y deliciosas enramadas, y mas alla ofrecen su yermo y sombrío asilo bosques espesos:

*Al sitio yermo, denso, hermoso,
umbrio.*

Nunca zagal ni labrador se arrima.

Ni la industria, ni la mano del hombre, muestran en parte ninguna su inquieta vigilancia; en todas partes campean solo los tiernos cuidados de la co-

mun madre. Allí, mi amigo, estaremos bajo sus unicos auspicios, y solo sus leyes podremos escuchar. A ruegos de señor de Orbe, ha persuadido ya Clara á su padre que se divertirá mucho en caazar dos ó tres dias en este pais y llevarse consigo á las inseparables. Estas tienen otros inseparables, como ya tu sabes. El uno, que representa el amor de casa, agasajará como tal; el otro con menor ruido podrá agasajar á su Julia en una humilde choza pastoril; y consagrada esta choza por el amor, será para ellos el templo de Guido. Para ejecutar con felicidad y sin recelo tan grato proyecto, solamente se trata de dar algunas disposiciones que con facilidad concertaremos, y que tambien serán parte de los placeres que disfrutemos. A Dios, amigo mio, te dejo tan pronto porque temo que venga gente. Tu Julia siente su corazón que vuela antes de tiempo á habitar la choza.

P. D. Examinado bien todo, creo que podremos vernos sin inconveniente casi todos los dias; á saber, en casa de mi prima cada dos dias, y el de intermedio en el paseo.

CARTA XXXVII.

DE JULIA.

Ya se han ido esta mañana aquel padre tierno y aquella incomparable madre, colmando de los mas tiernos cariños á una hija querida, y que tan poco lo merece. Yo los abrazaba con una ligera opresion de corazón, mientras que brotaba en lo interior de este ingrato y desconocido corazón una odiosa alegría. ¡Ay! ¿que se ha hecho aquel venturoso tiempo en que á sus ojos pasaba yo una inocente y arreglada vida, en que solo estrechada contra su seno me hallaba bien, y no los podia dejar un instante sin sentimiento? Ora, culpada y medrosa, pienso temblando en ellos, me coloro de rubor cuando en mi pienso; se depravan todas mis buenas inclinaciones, y me consumo con un esteril y vano sentimiento, que ni siquiera un verdadero arrepentimiento anima. Estas amargas reflexiones me han causado toda la tristeza, que al

CARTA XXXVIII.

A JULIA.

principio no me habia dado su despedida, y despues de la partida de estos queridos padres sofocaba mi corazón una angustia inquieta. Mientras que hacia los lios Babi entré maquinaalmente en el cuarto de mi madre, y siendo algunas de sus ropas todavía tiradas, las fui cogiendo todas una despues de otra, deshaciendome en lagrimas. Algo me ha aliviado este estado de enternecimiento, y he hallado algun alivio en la íntima conciencia de que no estan aun totalmente muertos en mi corazón los suaves afectos de la naturaleza. Ah, tirano! en balde pretendes esclavizar todo entero á este tierno y en demasia fragil corazón; á despecho tuyo á despecho de tus prestigios, le quedan á lo menos afectos legítimos, y todavía respeta y quiere derechos mas sagrados que los tuyos.

Perdona, dulce amigo mio, estos involuntarios movimientos, y no recales que dé á estas reflexiones la latitud que debería. No es el instante de nuestra vida en que acaso será mas libre nuestro amor, bien sé que no es adecuado para sentimiento; no quiero ni esconderte mis penas, ni enojarte con ellas, conviene que las sepas; no para sentir las, sino para calmarlas. ¿En que otro pecho las derramaría yo si no fuera osada á verterlas en el tuyo? No eres tú todo mi consuelo? no eres el sustento de mi desmayado animo? no eres quien alimenta en mi alma el amor de la virtud, aun despues de haberla perdido? ¡sin tí, sin la adorable amiga, cuya compasiva mano tantas veces mis llantos ha enjugado, ¡cuantas no me habria ya rendido á un mortal abatimiento! Pero vuestros cuidados tiernos me sustentan; no me atrevo á envilecerme mientras que me estimais vosotros, y complacida digo que no me quisierais uno y otro tanto si solo á desprecio fuera acreedora. A los brazos de esta amada prima, ó mas bien de esta tierna hermana vuelo á depositar en su corazón una impetente tristeza. Tú ven esta tarde á acabar de tornar á mi pecho el jubilo y la serenidad que ha perdido.

No, Julia, no es posible que yo te vea un dia como te he visto el anterior: es necesario que se aumente y crezca mi amor con tus hechizos, y tú eres para mí un manantial inagotable de nuevos afectos que nunca hubiera imaginado. ¡Que inefable noche! que de no conocidas delicias hiciste beber á mi corazón! que encantadora tristeza! ó deliquio de una alma enternecida! cuan atras os dejais los turbulentos placeres, la loca alegría, el arrebatado gozo, y todos los delirios que á los desenfadados deseos de dos amantes un ardor sin tasa presenta! Gusto apacible y puro, al que nada en los sensuales deleites se iguala, nunca, nunca se borrará de mi corazón tu penetrante memoria. Dioses! que encantadora escena, ó que éxtasis, ver á dos beldades tan atractivas tiernamente abrazadas, apoyado el rostro de una en el seno de la otra, confundir sus dulces lagrimas, y bañar ese tu candido seno, como humedece el rocio del cielo la azucena que se acaba de abrir! Tenia zelos de tan tierna amistad; hallaba en ella no sé que mas interesante que el propio amor, y me aborrecia en algun modo por no poder ofrecerte tan amados consuelos, sin turbarlos con la agitacion de mis ardores. No, nada, nada hay en la tierra capaz de escitar tan voluptuosa ternura como vuestros mutuos cariños; y hubiera ofrecido á mis ojos menos deliciosa sensacion el espectáculo de dos amantes.

¡Ah; cuanto me hubiera en aquel instante prendado esa amable prima, si no hubiera existido Julia! Mas no, que era la misma Julia la que su invencible encanto á cuanto la rodeaba comunicaba. Tu vestido, tu peinado, tus guantes, tu abanico, tu bastidor, todo cuanto en torno de tí á mi vista se ofrecia, todo hechizaba mi corazón, y tú sola eras todo el hechizo. Detente, dulce amiga mía, que á poder de aumentar mi embriaguez temo que al fin he de perder la razon. Dejame

à lo menos conocer un desvario que hace mi ventura, dejame gustar de este nuevo entusiasmo, mas sublime y mas vivo que todas las ideas que del amor tenia. ¿Que; te puedes tú creer envilecida! te priva tambien la pasion de juicio? Yo te hallo por demas perfecta para un mortal, y te imaginaria de especie mas pura, si el fuego devorador que mi sustancia penetra no me miñera con la tuya, y me hiciera sentir que son ambas una misma. No; nadie de este mundo te conoce, tú propia no te conoces; solo mi corazon te conoce, te siente, y colocarte en tu lugar sabe. Ah, Julia mia, que de homenajes te robaran si solo fueras adorada! si solo ángel fueras, cuanto perderias de tu valor!

Dime, ¿como puede ser que crezca una pasion como la mia? Lo ignoro, mas lo espermento. Aunque en todos tiempos te tenga presente, hay ciertos dias que mas hermosa que nunca tu imagen me persigue, y me atormenta con una actividad que ni tiempo ni lugar calma; y creo que con ella me has dejado en aquella cabaña pastoril donde al escribir tu postera carta estabas. Desde que de esta campestre cita se trata tres veces he salido de la ciudad; siempre se dirigen mis pasos al mismo sitio, y cada vez me parece mas amena la perspectiva de tan anhelada mansion.

*Nunca vió el mundo tan tozanos ramos,
Ni el viento meneó tan verdes hojas.*

El campo le hallo mas risueño, mas fresca y mas viva la verdura, mas puro el aire y mas sereno el cielo; mas delicioso y mas tierno me parece el canto de los pajaros; inspira descaecimiento mas amoroso el murmurar de los arroyos, florecida la vid exhala aromas mas suaves; hermosa todos los objetos ó fascina todos mis sentidos un hechizo secreto, como si se arrearra la tierra para formar à tu venturoso amante un lecho nupcial digno de la beldad que idolatra y el fuego que le consume. ¡O Julia, cara y preciosa mitad de mi alma! demonios precia à juntar con estos ornatos de la primavera la presencia de dos fieles amantes; llevemos el gusto y el placer à sitios

que solo su vana imagen ofrecen; vamos à animar la naturaleza muerta sin los fuegos del amor. ¿Que; tres dias de tardanza! tres dias todavia! Ebrio de amor, sediento de sus contentos, aguardo este tardio instante con una dolorosa impaciencia. Ah! que felices fuéramos, si quitara el Cielo de la vida todos los insufribles intervalos que semejantes momentos separan!

CARTA XXXIX.

DE JULIA.

No hay en tú corazon un afecto, mi excelente amigo, que no le sienta el mio, pero no hables de gustos, mientras que otros, que valen mas que nosotros gimen y sufren, y puedo yo echarme en cara sus penas. Lee la adjunta, y sosiega-te si puedes; yo que conozco la amable y buena muchacha que lá ha escrito, no la he podido leer sin llorar de lastima y remordimiento. Me ha partido el alma el sentimiento de mi culpada negligencia, y veo con amarga confusion como ha hecho el olvido de mi primera obligacion que me desentendiera de todas las demas. Habia prometido cuidar de esta pobre chica, era su protectora con mi madre, y en algun modo su guarda; y por no haberme sabido guardar yo propia la he abandonado sin hacer memoria de ella, esponiéndola à riesgos peores que aquellos en que me he despenado. Me estremezco al pensar que con dos dias mas de tardanza se perdia mi deposito; y que acosada por la indigencia y la seduccion se abandonaba al vicio una modesta y virtuosa muchacha que un dia puede ser una excelente madre de familia. Ay, amigo mio! ¿como hay en el mundo hombres tan soeces que de la miseria compren joya que solo el corazon puede pagar, y que reciben de una boca hambrienta los tiernos besos del amor!

Dime, ¿pudiera no moverte la piedad filial de mi Paca, sus virtuosos deseos y su inocente candor? No te mueve la rara ternera del amante que à sí propio se vende por socorrer à su amada? No tendrás à dicha contribuir à formar un ion tan bien adoptada? Ah! si no tuviera-

nos nosotros compasion de corazones unidos que quieren separar, ¿de quien pudieramos esperarla? Yo por mi estoy resuelta à reparar con estos mi yerro al precio que fuere, y hacer de manera que se junten en matrimonio estos dos mozos; y espero que bendiga mi empresa el cielo, y sea de buen agüero para nosotros. Te propongo y te ruego en nombre de nuestra amistad que te partas hoy, si puede ser, ó mañana por la mañana lo mas tarde, para Neufchatel. Ve à tratar con el señor de Merveilleux de sacar del regimiento à este honrado mancebo; no perdones diligencia ni gasto; llévate contigo la carta de mi Paca, que no hay pecho sensible que no entereza. Finalmente, cuestenos cuanto gusto y dinero ser pueda no vuelvas sin traerle à Claudio Anet libre de sus enganches, ó cree que en mi vida deberé al amor instante de gozo cumplido.

Bien sé cuantas acusaciones articulará contra mi tu corazon; ¿crees tú que no se las haya hecho antes el mio? y persisto; porque ó la palabra virtud nada mas es que un vano nombre, ó exige sacrificios. Mi amigo, mi digno amigo, una cita que falta puede repetirse mil veces; pocas horas gratas como el relampago se eclipsan, y ya no son; pero si está en tu mano la ventura de dos sujetos virtuosos, piensa en el tiempo venidero que te espera. Creeme, menos comun de lo que se piensa es la ocasion de hacer felices; y el castigo de aprovecharla es que no se vuelva à hallar; el uso que de esta hagamos va à dejarnos un minero eterno de satisfaccion interior ó arrepentimiento. Perdona tan superfluos razonamientos à mi celo: he hablado sobrado para un hombre de bien, y cien veces sobrado para mi amigo. Ya sé cuanto aborreces una cruel propension al deleite que con los agenos males nos endurece. Mil veces lo has dicho tú propio; ¿Ay de aquel que un dia de gusto sacrificar à las obligaciones de la humanidad no sabe!

CARTA XL.

DE PACA REGARD A JULIA.

SEÑORITA: perdone V. à una pobre

muchacha desesperada, que no sabiendo ya que hacerse recurrir à su bondad, porque V. no sé causa de socorrer à los desconsolados, y yo soy tan desgraciada que solo à Dios y à V. es à quien no importa mi llanto. He tenido mucho sentimiento para dejar el aprendizaje en que me habia V. puesto; pero como tuve la desdicha de perder à mi madre este invierno pasado, he tenido que volver à cuidar de mi pobre padre que está siempre perlatico en la cama.

No me he olvidado del consejo que habia dado V. à mi madre que procurara casarme con un hombre de bien que cuidara de la familia. Claudio Anet, que trajo su padre de V. del servicio, es un buen muchacho, economico, que sabe un buen oficio y me quiere bien. Despues de tantas caridades como V. nos ha hecho no me atrevia à incomodarla, y el ha sido quien nos ha mantenido todo el invierno. Iba à casarse conmigo esta primavera, y estaba tan contento con este matrimonio; pero tanto tormento me han dado para que pagara tres años de casa, que se cumplieron estas pascuas, que no sabiendo el pobre mozo donde encontrar tanto dinero, ha vuelto à sentar plaza en la compañía del señor de Merveilleux, y me ha traído el dinero de su enganche. Este señor no se ha de detener en Neufchatel arriba de siete ú ocho dias; y Claudio Anet ha de irse dentro de tres ó cuatro à seguir las reclutas; de suerte que no tenemos tiempo para casarnos y me quedo en el mayor desamparo. Si por el credito de V. ó del señor Baron pudieramos alcanzar à lo menos un plazo de cien ó seis semanas, procurariamos en este tiempo ver algun corte para casarnos, ó satisfacer à este pobre muchacho; pero yo le conozco; y sé que no querrá tomar el dinero que ha dado.

Esta mañana vino un señor muy rico à ofrecermé mucho mas dinero, pero me ha hecho Dios la gracia de que no le admitiera, y dijo que mañana por la mañana volveria à saber mi última determinacion. Yo le respondi que no se tomara ese trabajo, y que ya la sabia. Dios le lleve con bien; lo mismo ade-

lantarà mañana que hoy. Bien pudiera recurrir à la bolsa de los pobres; pero está uno tan mal mirado que vale mas penar, y luego que tiene Claudio Anet sobrado punto para querer à una muchacha que recibe limosna.

Disculpe V. la libertad que me tomo, mi buena señorita, solo à V. me he atrevido à decir mis penas; y tengo el corazon tan oprimido que no puedo concluir mi carta. Su humilde y afecta criada para servir à V.

Paca Regard.

CARTA XLI.

RESPUESTA.

A mi me ha faltado la memoria, y à ti la confianza, querida hija mia: ambos hemos errado, pero mi yerro no tiene disculpa: à lo menos procuraré repararlo. Babi que te lleva esta carta tiene órden de remediarte en lo que mas priesa corra. Mañana por la mañana volverà para ayudarte à despedir à ese caballero, si volviere, y por la tarde iremos à verte mi primo y yo, porque sé que tú no puedes dejar à tu pobre padre, y quiero saber por mi propia el estado de tu ajurcico.

No te apesadumbres por Claudio Anet: mi padre está fuera, pero mientras viviere haremos lo que se pueda, y puedes contar con que ni de ti ni de ese honrado mozo me olvidaré.

A Dios, hija mia, y Dios te consuele. Bien has hecho en no acudir à la bolsa publica, que no se debe hacer mientras queda algun dinero en la de la gente caritativa.

CARTA XLII.

A JULIA.

RECIBO la carta de V. y me pongo al punto en camino: es toda mi respuesta. ¡ Ah; cruda, que distante está mi corazon de esa odiosa virtud que me supone V. y yo detesto! Pero V. manda; à mi me toca obedecer. Aunque me cueste cien vidas quiero que Julia me estime.

CARTA XLIII.

A JULIA.

AYER mañana llegué à Neufchafel, supé que estaba el señor de Merveilleux en su casa de campo, fui corriendo à buscarle, estaba cazando, y le aguardé hasta la noche. Cuando le espliqué el motivo de mi viaje, y le supliqué que me dijera el precio del desenganche de Claudio Anet, me puso muchas dificultades, que pensé yo remover ofreciendo una cantidad bastante crecida, aumentandola à medida que se resistia; pero no habiendo podido sacar nada, me vi precisado à retirarme, despues de pedirle hora para verle esta mañana, y resuelto à no salir de su casa, hasta haber conseguido à poder de dinero, de ruegos, ó de cualquier otro modo lo que solicitaba. Habiendome levantado muy temprano con este animo iba à montar à caballo, cuando por un proprio recibí la siguiente esquela del señor de Merveilleux con el desenganche del mozo.

«Muy señor mio: el desenganche que ha venido V. à solicitar, y que he negado à sus ofertas, le otorgo à su caritativa intencion; y le ruego que crea que no pongo yo en venta las buenas acciones.»

Por el gozo que causará en V. este feliz remate puede colegir el que yo he tenido. ¿Porque no es tan cabal como deberia ser? No puedo menos de ir à dar las gracias y satisfacer al señor de Merveilleux; y si con esta visita se retrasa mi partida un dia, ¿no podré decir que se ha manifestado generoso à costa mia? No importa, he hecho una cosa agradable à V. y todo lo llevaré en paciencia à ese trueque. Yo confieso, Julia, que salí lleno el corazon de enojo y pesadumbre, acusando à V. de que siendo tan sensible para las penas de los demas, nada se curaba de las mias, como si fuera yo el unico en el mundo que nada le hubiera merecido. Aachacaba à fiereza el haberme deslumbrado con tan dulce esperanza, y privarme luego sin necesidad de un bien de que me habia hecho la halagüeña promesa. Todo este

disgusto se ha desvanecido, y en su lugar siento en lo interior de mi alma renacer un no conocido contento; y ya poseo el desquite que V. me habia prometido. V. que tan instruida tiene la costumbre de hacer bien del gusto que en ello se encuentra. ¿Que extraño imperio es el suyo en poder hacer tan suaves como los deleites las privaciones, y en que se halle el mismo atractivo en lo que por V. se hace, que en los contentos propios! Ah! cien veces lo he dicho: tú eres un angel del cielo, Julia mia, y sin duda, teniendo tanto poder en mi alma, la tuya mas que humana es divina. ¿Como no he de ser eternamente tuyo, si es tu reinado celestial? y de que me serviria dejar de amarte, si habré de idolatrarte siempre?

P. D. Segun mi cuenta todavia faltan cinco ó seis dias hasta que vuelva la mamá; ¿no pudieramos de aqui à entonces hacer una romeria à la choza pastoril?

CARTA XLIV.

DE JULIA.

No murmures tanto, amigo mio, de este regreso tan pronto, que nos es mas util de lo que parece; y cuando por astucia hubieramos hecho lo que por hacer bien, no nos hubiera salido mejor. Contempla lo que habria sucedido, si solo hubieramos escuchado nuestro antojo. Hubiera yo ido al campo justamente la vispera de la vuelta de mi madre; hubiera recibido un proprio antes de haber habido tiempo para concertar nuestra cita; hubiera tenido que venir al instante, acaso sin poder avisarte, dejandote en mortales dudas; y nuestra separacion hubiera sido en el instante que mas acerba la hacia. Ademas, hubieran sabido que estabamos ambos en el campo, y tambien acaso, à despecho de todas nuestras precauciones, que estabamos juntos; à lo menos lo hubieran sospechado, y eso bastaba. La imprudente ansia de lo presente nos quitaba todo medio para lo venidero, y nos hubiera atormentado toda la vida el haber dejado de hacer una obra buena.

Compara ahora este estado con nuestra situacion real. Primero tu ausencia ha producido excelente efecto. No habrà dejado de decir mi Argos à mi madre que te habian visto poco en casa de mi prima; sabe tu viaje y el motivo, y es otra razon mas para que te estime. ¿Quien se puede imaginar que dos jóvenes que se quieren escogan espontaneamente para separarse el unico instante libre que para verse tienen? Que arte hemos usado para desviar de nosotros tan justa desconfianza? La unica que en, mi dictamen, es digna de sugetos virtuosos, serlo tanto que un esfuerzo de virtud se atribuya à un acto de indiferencia. Mi amigo, que dulce es para los corazones que estrecha amor que con tales artes se disfraza! Añade à esto el gusto de reunir à dos amantes desconsolados, y hacer felices à mozos tan acreedores à serlo. Tú has visto à mi Paca, dime, ¿no es preciosa? no merece cuanto por ella has hecho? no es por demas bonita y desgraciada para que se quede impunemente por mucho tiempo soltera? Y Claudio Anet por su parte, cuya buena indole por milagro à tres años de servicio se ha resistido, ¿hubiera podido sufrir otros tantos sin hacerse un picaro, como todos los demas? En vez de eso se quieren y serán unidos, son pobres y se les ayudará, son honrados y podrán seguir siendolo; porque ha prometido mi padre cuidar de su establecimiento. ¿Que de bienes para ellos y para nosotros con tu condescendencia has grangeado, sin hablar de la deuda que contigo yo he contraido! Este es, amigo mio, el fruto seguro de los sacrificios que à la virtud se hacen; si son muchas veces costosos, siempre es cosa grata haberlos hecho, y nunca se ha visto nadie arrepentirse de una buena accion.

Bien pienso que, à ejemplo de la inseparable, me llamarás *la predicadora*; verdad es que no practico mejor lo que digo que los que este oficio ejercen; pero si no valen mis sermones tanto como los de ellos, à lo menos veo que no son palabras que se lleva el viento. No te oculto, amable amigo mio, que quie-

siera añadir á tus virtudes cuantas á mi me ha hecho perder un loco amor, y que no pudiendo ya estimarme á mi propia, me complazco en estimarme todavía en ti. Por tu parte solo se trata de amar perfectamente, y lo demas naturalmente se seguirá. ;Con que gusto debes ver crecer sin cesar la deuda que se obliga á pagar al amor!

Ha sabido la prima las conversaciones que con su padre has tenido acerca del señor de Orbe, y está tan agradecida, como si en asunto de amistad pudieramos no quedarle infinito á deber. Dios mio! Mi amigo, que feliz criatura soy! cuanto me quieren! y como se complace mi corazón en ser querido! Padre, madre, amiga, amante; en balde quiero yo á todo cuanto me rodea, siempre me ganan por la mano, ó me esceden en su cariño; parece que los mas suaves afectos vienen sin cesar á aposentarse en mi alma, y siento no tener mas que una para disfrutar de toda mi felicidad.

Se me olvidaba anunciarte para mañana por la mañana una visita: la de milord Bomston, que viene de Ginebra, donde ha residido siete ú ocho meses. Dice que te vió en Sion, cuando volvía de Italia, y que te encontró muy melancólico; pero en cuanto á lo demas habla de ti como yo pienso. Ayer hizo tan bien y tan al caso tu elogio delante de mi padre, que me ha dejado con disposicion de hacer el suyo. Efectivamente he hallado en su conversacion discernimiento, sal y fuego. Cuando cuenta acciones grandes, como en todos los que de ellas son capaces, se alza su voz y se animan sus ojos. Tambien habla con interes de materias de gusto, entre otras de la musica italiana, que reputa por sublime; me parecia que oía á mi difunto hermano. En sus razonamientos gasta mas vigor que gracia, y me parece que es su entendimiento algo recio. A Dios, amigo mio.

CARTA XLV.

A JULIA.

Por la segunda vez empezaba apenas á leer tu carta cuando entró milord Eduardo Bomston. ¿Como hubiera yo pensado,

Julia mia, en hablarte de él, cuando tantas cosas tenia que decirte? cuando se basta uno á otro, quien piensa en hablar de un tercero? Ahora que parece que lo deseas te voy á decir lo que de él sé.

Habia venido hasta Sion, habiendo atravesado el Sempion, á recibir una silla de posta que le debian traer de Ginebra á Brigue, y como la ociosidad reúne á los hombres, me quiso conocer, y fue nuestro conocimiento tan estrecho cuanto puede serlo entre un ingles naturalmente poco sociable y un hombre muy preocupado que aspira á estar solo. Conocimos no obstante que nos aveniamos bien; que hay no sé que unisono en las almas que desde el primer instante se conoce, y tuvimos confianza al cabo de ocho dias; pero para toda la vida, como la hubieran tenido dos franceses al cabo de ocho horas por el tiempo que hubieran permanecido juntos. Me habló de sus viajes; y sabiendo que era ingles, creí que me iba á hablar de edificios y pinturas. En breve vi con satisfaccion que los cuadros y monumentos no habian sido causa de que descuidara el estudio de las costumbres y los hombres, no obstante me hablo de las nobles artes con mucho discernimiento, pero con modestia y sin vanidad. Yo creí que juzgaba de ellas mas por lo que sentia que por lo que sabia, y por resultados antes que por reglas; lo cual me confirmó que tenia una alma sensible. De la musica italiana me pareció tan apasionado como á tí, y me hizo oír la porque lleva un profesor consigo: su ayuda de camara no toca mal el violin, y él bastante bien el violon. Escogió varios trozos muy patéticos, segun él dijo, pero ya sea que un acento tan nuevo para mi requiriese oídos mas ejercitados, ó que el encanto de la musica tan suave en la melancolia se desvanezca en una profunda tristeza, me causaron estos trozos poco gusto, y hallé el canto agradable, si, pero extravagante y sin expresion.

Se trató tambien de mí; y se informó con interes Milord de mi situacion; le dije todo cuanto debia saber, y me propuso un viaje á Inglaterra, con planes de hacer caudal impracticables en un país donde no estaba Julia. Me dijo que iba

á pasar el invierno á Ginebra, el verano siguiente á Lausana, y que vendria á Vevay antes de volverse á Italia; ha cumplido su palabra, y hemos vuelto á vernos con nueva satisfaccion.

Por lo que es de su caracter creo que es vivo y arrebatado, pero entero y virtuoso; hace alarde de filosofia, y de los principios de que otras veces hemos hablado; pero yo creo que es por temperamento lo que se piensa ser por metodo; y el estoicismo con que sus acciones embarniza consiste en ornar con elocuentes discursos la resolucioi á que le ha impedido su corazón. No obstante he sabido con algun sentimiento que ha tenido varios lanceos en Italia, y que repetidas veces se ha desafiado.

No sé que es lo que en sus modales hallas que sea recio; á la verdad no son halagüeños, mas tampoco desabridos, y aunque á primera vista no se abra tanto como su corazón, y aunque desdeñe ciertos mezquinos cumplimientos, no deja su trato de ser muy agradable. Si no tiene aquella reserva y circunspecta cortesanía, que solo por las exterioridades se rige, y que nos traen de Francia nuestros oficiales mozos, tiene la de la humanidad, que menos ufana con distinguir de la primera ojeada los estados y gerarquias, respeta á todo el genero humano universalmente. ¿Quieres que te hable con ingenuidad? La carencia de gracia es un defecto que nunca ni aun al merito perdonan las mugeres; y me temo que haya sido Julia muger una vez en la vida.

Puesto que estoy de humor de ser sincero, te diré, preciosa predicadora mia, que es inutil querer frustrar mis derechos, y que amor hambriento no vive de sermones. Piensa, piensa en la paga que me has prometido y me debes; porque toda la moral que me escribes es excelente; pero digas tú lo que quisieres, todavia valia mas la choza de los pastores.

CARTA XLVI.

DE JULIA.

¿CON que, ello, amigo mio, vuelta con

la choza? La historia de la tal choza es un terrible peso para tu corazón, y muerta ó viva tendré yo que encontrar la choza. ¿Pero sitios en que nunca has estado, tan preciosos son para tí, que no se te pueden resarcir en otra parte? el Amor que levantó en medio de un paramo el palacio de Armida, no podria edificar una choza en la ciudad? Escucha: la boda de mi Paca se va á hacer; mi padre, á quien no le disgustan las fiestas y el aparato, quiere hacer unas bodas á que asistiremos todos, y donde no dejará de haber mucho bullicio. A veces ha sabido el misterio correr su velo en medio del turbulento júbilo y el estrepito de los banquetes: ya me entiendes, amigo mio; ¿no fuera cosa agradable hallar en el fruto de nuestras diligencias los gustos que nos han costado?

Me parece que te anima un fervor harto superfluo á hacer la apologia de milord Eduardo, de quien estoy yo muy distante de pensar mal. Ademas de que, ¿como quieres que juzgue yo de un hombre que una tarde sola he visto? ni como puedes tú mismo juzgar de él por un conocimiento de pocos dias? Yo solo hablo por conjeturas, ni tú puedes estar mas adelantado que yo, porque las propuestas que te ha hecho son de aquellas ofertas vagas, que tantas veces hacen los extranjeros por afectar poder y por la facilidad de eludirlos. Pero reconozco tu ordinaria viveza, y tu mucha propension á preocuparte á primera vista en favor ó en contra de los sujetos; no obstante examinaremos despacio las proposiciones con que te ha brindado. Si es propicio el amor al proyecto en que me ocupo, acaso se presentarán otras mejores para los dos. ¡Ay, amigo mio! amarga es la paciencia, pero dulces sus frutos.

Volviendo á tu Ingles, te he dicho que me parecia que tenia el animo grande y vigoroso, y mas ilustracion que gracias. Casi lo mismo dices tú, y despues con el tono de superioridad masculina que nunca abandonan nuestros humildes adoradores, me echas en rostro con que he sido de mi sexo una vez en mi vida, como si una muger debiera dejar de serlo

nunca. Haces memoria de que, leyendo la república de tu Platon, hemos tenido una disputa acerca de la diferencia moral de sexo. Persisto en mi opinion de entonces; ni puedo imaginar para tan distintos seres, un comun dechado de perfeccion. No son, como piensan tus filósofos, arbitrarios convenios el combate y la defensa, la osadia de los hombres y el pudor de las mugeres, que son instituciones de la naturaleza, cuya causa es facil deslindar, y de que se derivan todas las demas instituciones morales. Ademas de que no siendo el mismo el destino de la naturaleza, deben dirigirse conforme à las miras de esta los modos de ver y de sentir de uno y otro sexo. No se requieren los mismos gustos ni la misma constitucion para labrar la tierra que para criar à los niños; parece que una estatura mas alta, una voz mas fuerte y facciones mas toscas, no tienen conexion ninguna con el sexo; pero estas modificaciones esternas anuncian la intencion del artifice en las del animo. No menos que en el semblante deben diferenciarse en el alma un hombre y una muger perfectos: esas vanas imitaciones de sexo son el colmo del desatino, hacen reir al sabio y aluyentan los amores. Finalmente, creo que, à menos que tenga una muger dos varas y cuarta de estatura, voz de sochantre, y cara con barba, no se debe meter à hacer de hombre.

Mira que mal se aman los amantes à decir injurias. Me acusas de un yerro que no he cometido, ó que cometes tú como yo, y le atribuyes à un defecto de que yo me vanaglorio. ¿Quieres que pagando tu sinceridad con otra te diga ingenuamente lo que de la tuya pienso? Pues hallo en ella una acrisolada adulacion, para con esa aparente veracidad justificar à tus propios ojos los entusiasticos elogios con que meargas à cada instante. Tanto te ciegan mis pretensas perfecciones, que para desmentir una ciega admiracion de que te acusa tu conciencia, no has tenido maña para hallar en mi un defecto real.

Créeme, no te encargues de decirme verdades, que lo desempeñarias mal; aun-

que tan penetrantes los ojos del amor no saben ver los defectos. A la sincera amistad compete este cuidado, y en esta parte sabe tu discipula Clara cien veces mas que su maestro. Sí, amigo mio, alabame, tributame admiracion, dime que soy hermosa, encantadora, perfecta; tus elogios sin seducirme me complacen, porque veo que son hijos del error, no de la falsedad, y que te engañas à tí propio, sin pensar en engañarme. ¡Oh que amables son las ilusiones del amor! Sus sus lisonjas en cierto modo verdades, calla la razon, pero habla el corazon; y el amante que de perfecciones de que carecemos nos alaba, las ve efectivamente como las representa; no miente aun cuando dice mentiras, adula sin envilecerse, y à lo menos puede ser estimado sin ser creído.

No sin que palpitará mi corazon he oido la propuesta de convidar mañana à cenar à dos filósofos: uno es milord Eduardo; el otro un sabio, cuya gravedad à veces se ha estragado un poco à las plantas de una muchacha discipula suya: ¿le conoce V.? Ruego à V. que le exhorte à procurar mañana no apartarse del decoro filosofico tanto como acostumbra; y por mi parte diré yo à la chica que tenga los ojos bajos, y que parezca à los de su maestro lo menos bonita que ser pueda.

CARTA XLVII.

A JULIA.

Ah, perversa! ¿Era esa la circunspeccion prometida? así tienes cuenta con mi corazon y enuebras tus atractivos? ¡Cuanta contravencion à tu palabra! Primero tus adornos, porque no los llevabas, y sabes que nunca eres tan peligrosa; luego tu modo tan suave, tan modesto, tan à proposito para dejar notar despacio tus gracias todas. Tu hablar mas raro, mas reflexivo, mas agudo todavia de lo que acostumbras, escitaba mas nuestra atencion, y hacia que volaran el oido y el corazon à recoger cada palabra. Aquella aria que à media voz cantaste para dar mas dulzura à tu canto, y que aunque francesa agradó hasta

à milord Eduardo; tú mirar tímido, y tus ojos bajos, que exhalaban inesperados relampagos que en inevitable turbacion me ponian. Por fin, un no sé que inflexible, encantador, que al parecer habias derramado en toda tu persona para hacer perder à todo el mundo la cabeza, como si no tuvieras tú tal idea. Yo por mí no sé como lo haces; pero si ese es tu modo de ser bonita lo menos que ser pueda, te advierto que lo eres mucho mas de lo que conviene para tener sabios à tu lado.

Mucho me temo que se haya resentido algo del mismo influjo el pobre filosofo ingles. Cuando hubimos dejado en su casa à tu prima, como todavia estabamos muy despiertos, nos propuso que fuéramos à su casa à tener una academia de musica y beber punch; y mientras que se reunia la gente no cesó de hablarnos de tí con un ardor, que me disgustó, y te aseguro que no oí tu elogio en su boca con tanto gusto como tú el mio. Generalmente hablando, confieso que me incomoda cuando otro que tu prima de tí habla; me parece que me priva cada palabra de una porcion de mi secreto ó de mis placeres, y cualquier cosa que digan siempre es con tan sospechoso interes, ó quedandose tan atras de lo que yo siento, que solo à mí mismo me complazco en escuchar; no porque yo tenga como tú propension à ser zeloso, conozco mas bien tu alma, y tengo prendas que ni imaginar posible tu mudanza me permiten. Despues de lo que me has asegurado, no te digo nada de los demas pretendientes; pero este, Julia... su alta gerarquía... las preocupaciones de tu padre... Bien sabes que se trata de mi vida; dignate de decirme una palabra, una palabra de mí Julia, y quedo sosegado por siempre.

He pasado la noche oyendo ó ejecutando música italiana, porque habia duos, y ha sido menester aventurarme à hacer mi parte; aun no me atrevo à hablarte del efecto que en mí ha producido; me temo, me temo que se haya comunicado la impresion de la cena de ayer à lo que oia, y que el efecto de tu seducccion con el encanto de la musica se haya confun-

dido. ¿Porque no pudiera la misma causa que en Sion la hacia para mí enfadosa, hacerla ahora grata en tan opuesta situacion? no eres tú la fuente primera de todos los afectos de mi pecho? estoy yo à prueba de los prestigios de tu magia? Si hubiera producido la musica este encantamiento, hubiera sido general en todos cuantos la oian; pero mientras que me tenia estatico el canto, dormia à su sabor el señor de Orbe en un taburete, y en medio de mis arrebatos se cifieron todos sus elogios à preguntar si sabia tu prima el italiano.

Mejor se aclarará todo esto mañana, porque para esta noche tenemos otra academia de musica. Milord quiere que sea completa, y ha enviado à llamar à Lausana un segundo violin, que dice que es muy habil. Yo llevaré escenas y cantatas francesas, y veremos.

Cuando llegué à casa estaba muy cansado con el poco habito que de velar de noche tengo, y he descansado escribiendote, no obstante es menester procurar dormir algunas horas. Ven conmigo, dulce amiga mia, no me abandones durante mi sueño; mas ora le turbe ó le serene tu imagen, ora me represente las bodas de la Paca, un delicioso instante que no puede quitarme y me prepara, es el despertarme con la intima conciencia de mi felicidad.

CARTA XLVIII.

A JULIA.

Ah! Julia mia! que es lo que he oido? Que dulces sonidos! que musica! que delicioso manantial de afectos y placeres! No pierdas un punto, coge todas tus operas, tus cantatas, tu música francesa; haz una buena hoguera bien encendida, echa en ella todo este farrago, y atízala con cuidado, para que à lo menos una vez pueda tanta nieve arder y dar calor. Haz este sacrificio propiciatorio al dios del gusto en penitencia de tu delito, y el mio por haber profanado tu voz con este pesado canto-llano, y por haber tenido tanto tiempo por idioma del corazon un ruido que no hace mas que atolondrar los sentidos; ¡Oh cuanta razon tenia tu

digno hermano! en que extraño error he vivido hasta aquí acerca de las producciones de este arte encantador! Sentía su poco efecto y le atribuía à falta de medios. Decía yo: la musica no es otra cosa que un sonido vano que puede halagar el oido, pero que solo una indirecta y ligera accion tiene en el alma; la impresion de las consonancias es meramente mecánica y física: ¿que tiene que ver con los afectos? ni porque he de esperar que me mueva mas una hermosa armonía que una hermosa concordancia de colores? No distinguía yo en los acentos de la melodía aplicados à los de la lengua el secreto y eficaz vinculo de las pasiones con los sonidos, ni veía que la imitación de los variados tonos con que animan los afectos à la voz hablada, comunica à la voz cantada la facultad de agitar los corazones, y que lo que constituye el verdadero hechizo de los que escuchan es la energética pintura de los movimientos del alma de aquel que se hace oír.

Esto fue lo que me hizo notar el cantor de milord Eduardo que para un músico no deja de hablar bastante bien de su arte. La armonía, me decía, es solo un accesorio remoto en la musica imitativa; en lo que es rigorosamente armonía no hay principio ninguno de imitación. Es cierto que asegura las entonaciones, da testimonio de que son ajustadas, y haciendo mas sensibles las modulaciones añade fuerza à la espresion, y al canto gracia; pero de la melodía sola nace el invencible poderio de los acentos apasionados, y de ella deriva toda la potencia de la musica en el alma. Formense las mas científicas sucesiones de consonancias sin mezcla de melodía, y fastidiarán al cabo de un cuarto de hora; cuando se oyen largo espacio de tiempo sin que causen cantos hermosos sin armonía ninguna. Los mas sencillos cantos serán interesantes si los anima el acento de los afectos; y por el contrario siempre canta mal una melodía que no habla, y la armonía sola nunca supo decir nada al corazón.

En esto, continuaba, consiste el error de los franceses sobre las fuerzas

de la musica. No teniendo ni pudiendo tener melodía propia en una lengua sin acentos, y una poesia sorda que nunca signió la naturaleza, no imaginan otros afectos que los de la armonía, y los chillidos, que no hacen mas melodiosos sino mas ruidosos los sonidos; y tienen tanta desgracia en sus pretensiones, que no pueden atinar con la armonía misma à que aspiran, y que en fuerza de quererla cargar no tienen eleccion, no conocen las cosas que producen efecto, atiestan sus composiciones de ripio, estragan su oido, y solo al ruido son sensibles; de suerte que la que mas recien canta es para ellos la voz mas hermosa. Por eso privados de un genero peculiar, no han hecho otra cosa que despacio y desde lejos seguir à nuestros modelos, y desde su célebre Lulli, ó mas antes nuestro, que no hizo otra cosa que imitar las operas de que ya en su tiempo estaba llena Italia, siempre los hemos visto con un atraso de treinta ó cuarenta años copiar ó echar à perder à nuestros autores rancios, y hacer con nuestra musica con corta diferencia lo que hacen los demas pueblos con sus modas. Cuando se jactan de sus letrillas, fallan su propia condenacion; si supieran cantar afectos, no cantarían agudezas; pero como su musica nada significa, y mas bien à las letrillas que à las operas se acomoda; y como la nuestra toda es apasionada, vale mas para las operas que para las letrillas. Habiendome luego recitado sin canto algunas escenas italianas, me hizo reparar en la conexion de la musica con las palabras en el recitado, con los afectos en las arias, y en todas partes la energia que à la espresion comunican la exacta medida y acertada eleccion de las consonancias. Finalmente, despues de haber reunido con el conocimiento que del idioma tengo la mejor idea que pude del acento oratorio y patético, esto es del arte de hablar en una lengua al oido y al corazón sin articular palabras, me puse à escuchar esta encantadora musica; y en breve sentí por lo que movía mi corazón que tenía esta arte poder mayor que lo que yo imaginaba. No sé que voluptuosa sensa-

cion me iba poco à poco sobrecogiendo, que no era como en nuestras narraciones una vana serie de sonidos. Cada frase producía ó una imagen en mi cerebro, ó algun afecto en mi corazón; no se quedaba el deleite en los oidos, que hasta el alma penetraba; sin esfuerzos corría la ejecucion con una facilidad que hechizaba, parecían animados todos los concertantes de un mismo espíritu; dueño el cantor de su voz, sin incomodarse sacaba de ella cuanto requerían las palabras y el canto; y especialmente hallaba desahogo con no sentir ni aquellas pesadas cadencias, ni aquellos penosos esfuerzos de voz, ni aquella falta de respiracion que al músico frances causa el perpetuo combate del canto y la medida, que no pudiendo concordarse nunca, no menos al oyente que al ejecutante fatigan.

Pero cuando despues de una serie de agradables arias, vinieron aquellos trozos magistrales de espresion que saben escitar y pintar el desorden de todas las pasiones violentas, à cada instante perdía la idea de musica, canto é imitación, creía que la voz del dolor, del furor, de la desesperacion oía; creía tener à la vista madres desconsoladas, amantes abandonados, tiranos enfurecidos, y las agitaciones que violentamente mi pecho turbaban apenas me dejaban parar en un sitio. Entonces conocí por que motivo la musica que antes me había fastidiado me inflamaba ahora hasta sacarme de mí, el cual motivo era que había empezado à comprenderla, y que al punto que podía obrar, obraba con toda su fuerza. No, Julia, semejantes impresiones no se reciben à medias, y son sucesivas ó nulas, nunca medianas y ligeras; ó ha de quedar uno insensible, ó dejarse mover mas allá de toda medida; ó es un vano ruido de un idioma que no se entiende, ó una impetuosidad de afectos que arrastran y à que es imposible que resista el alma.

Solo un sentimiento tenía, pero que no me dejaba, y era que formase otro que tú sonidos que tanto me movían, y que de boca de un vil *castrato* salieran las mas tiernas espresiones del amor.

Oh Julia mía! ¿no compete à nosotros reivindicar cuanto al afecto pertenece? quien mejor que nosotros dirá y sentirá lo que una alma enternecida sentir y decir debe? quien sabrá con mas espresivo tono pronunciar: *cor mio, idolo amato*? Ah! cuanta fuerza dará al arte el corazón, si alguna vez cantamos juntos uno de aquellos encantadores duos, que verter tan deliciosas lagrimas hacen! Te ruego que cuanto antes, oigas una prueba de esta musica ó en tu casa, ó en casa de la inseparable. Milord llevará allá cuando quieras toda su gente; y estoy cierto de que con tan sensible organo como el tuyo, y mas conocimiento que el que yo de la declamacion italiana tenía, bastará con una sola sesion para traerte al punto en que me hallo, y que participes de mi entusiasmo. Tambien te propongo y te suplico que te aproveches de la estancia del músico aqui para tomar lecciones de él, como yo he empezado ya desde esta mañana. Su modo de enseñar es sencillo y claro, y mas que en razonamientos fundado en la practica; no dice lo que se ha de hacer, sino que lo hace, y en esto, como en otras muchas cosas, vale mas el ejemplo que la regla: ya he visto que se trata solo de arreglarse à la medida, conocerla bien, frasear y puntuar con esmero, sustentar con igualdad los sonidos sin abultarlos, finalmente quitar à la voz los gritos y toda la barahunda francesa, para darle ajuste, espresion y fluidez; la tuya que es naturalmente tan suave y ligera, adquirirá con facilidad este nuevo habito, y en breve hallarás en tu sensibilidad la energia y viveza del acento que anima la musica italiana.

Y el cantar que se siente allá en el alma.

Deja para siempre el fastidioso y lamentable canto frances, que mas que al desvario de las pasiones à los gritos de dolor colico se parece; y aprende à formar los divinos sonidos que son inspiracion de los afectos, los unicos dignos de tu voz, los unicos dignos de tu corazón, y que consigo llevan el hechizo y el fuego de los pechos sensibles.

CARTA XLIX.

DE JULIA.

BIEN sabes, amigo mío, que solo á hurtadillas puedo escribirte, y siempre á riesgo de ser descubierta. Así no pudiendo hacer largas cartas me ciño á responder á lo mas esencial que en las tuyas hay, ó suplir lo que no he podido decirte en conversaciones no menos furtivas de palabra que por escrito. Así lo haré especialmente hoy, que dos lineas acerca de milord Eduardo me han hecho olvidar de lo demas de tu carta.

¡Amigo mío: temes perderme, y me hablas de cantado! buena materia para contienda entre amantes que menos se conocieran! Ciertamente que no estás zeloso, bien se ve; pero por esta vez tampoco lo estaré yo, porque he penetrado tu alma, y solo veo tu confianza donde pudieran otras ver tibieza. ¡Oh, que suave y grata certidumbre la que de la íntima conciencia de una perfecta union nace! Por ella sé que sacas tú de tu propio corazon el buen testimonio del mío; por ella tambien te justifica el mío, y pensaria que estabas menos enamorado, si mas sobresaltado te viera.

Ni sé, ni quiero saber si gasta milord Eduardo conmigo otras atenciones que las que con las niñas de mi edad gastan todos los hombres, ni se trata aqui de sus ideas; sino de las de mi padre y las mias, que en este punto estamos tan conformes como acerca de los pretensos pretendientes de quienes dices que nada dices. Si basta la esclusion de uno y otros para tu descanso, vive sosegado. Aunque tan honroso para nosotros fuera mi enlace con un sugeto de su gerarquia, nunca será Julia de Etange por consentimiento del padre ni de la hija miladi Bomston: con eso puedes contar.

No vayas á persuadirte por esto que se haya tratado de milord Eduardo; estoy cierta que eres tú el unico de los cuatro que pueda suponer que me tiene inclinacion. Sea como fuere, sobre este asunto sé la voluntad de mi padre, sin que ni á mí ni á nadie se la haya dicho, y no estaria mejor informada cuando me la hubiera declarado de positivo. Con esto

basta para calmar tus temores, y es todo cuanto tienes que saber, lo demas seria para ti objeto de mera curiosidad, y ya sabes que estoy resuelta á no satisfacerla. En balde me acusarás de reserva, y dirás que no es del caso en nuestros reciprocos intereses; si siempre la hubiera tenido hoy fuera para mi menos importante. Sin el imprudente aviso que te di de una conversacion de mi padre, no te hubieras ido á desconsolar á Meillerie, ni me hubieras escrito la carta que me ha perdido; viviria yo inocente, y podria todavia aspirar á ser feliz. Colige por lo que me cuesta una sola imprudencia el recelo que de cometer otras debo tener. Eres en demasia arrebatado para ser prudente, y mejor podrias triunfar de tus pasiones que disfrazarlas. Te enfurecerias con el menor sobresalto, y á la mas leve esperanza propicia de nada dudarias; todos tus secretos se leerian en tu alma, y con tu fervor destruirias todo el fruto de mis afanes. Dejame á mi las espinas del amor, y guarda para ti las rosas. ¿Tan penosa es esta particion? no sabes que ninguna otra cosa puedes hacer por nuestra felicidad que el no poner estorbos?

Ay! ¿que me valdrán de hoy mas estas precauciones tan tardias? Es tiempo de afirmar el paso cuando estoy ya en el fondo del precipicio, y de obviar los males de que me veo agobiada? Ah; infeliz muger, hablas tú de felicidad! felicidad donde reina la ignominia y el remordimiento! Dios; que cruel estado! ni poder sufrir su delito ni arrepentirse de él verse cercada de mil sustos, engañada de mil vanas esperanzas, y ni de la horrible calma de la desesperacion disfrutar siquiera! Yo vivo á merced de la suerte. No se trata ya para mi de fuerza ni de virtud, sino de fortuna y prudencia, ni es asunto de apagar un amor que ha de durar tanto como mi vida, sino de hacerle inocente ó morir culpada. Contempla, amigo, esta situacion, y mira si puedes fiarte de mi celo.

CARTA L.

DE JULIA.

No quise explicar ayer á V. cuando

me dejó la causa de la tristeza que me hecló en cara, porque no estaba en estado de oírme. No obstante mi aversion á esplicaciones, le debí esta porque la he prometido, y cumplí mi palabra.

No sé si se acuerda V. de las estrañas razones que me dijo ayer noche, y de los modales con que iban acompañadas; yo de mí sé que no podré olvidarme de ellas tan pronto como lo requeriria su honor y mi sosiego, y por desdicha estoy sobrado enojada para olvidarlas con facilidad. Algunas veces habian venido á mis oídos espresiones semejantes al pasar junto á una taberna; pero no ereia que nunca pudieran salir de la boca de un hombre decente; estoy cierta á lo menos de que no se hallan en el vocabulario de los amantes, y estaba muy lejos de pensar que entre V. y yo pudieran usarse. Dioses! que amor es el de V. si tal condimento sus gustos tienen! Verdad es que salia V. de un abundante banquete, y sé lo que en esta tierra perdonan los escesos que en la mesa se hacen; por eso le hablo de ello; y esté cierto de que si en su estado natural me hubiera tratado V. así á solas, seria la última vez que en su vida le sucediera.

Pero lo que me pone miedo es que muchas veces la conducta de un hombre caliente del vino es efecto de lo que en lo interior de su corazon cuando sobrio guarda. ¿Habré de creer que en un estado en que nada se encubre se dejó V. ver como es? que fuera de mí si pensara en ayunas como anoche hablaba? Mas antes que resignarme á tamaño menoscupio apagaria tan groseros fuegos, y abandonaria á un amante, que honrando tan poco á su dama no seria merecedor de que ella lo estimara. ¿Digame V., V. que aprecia los afectos de honradez, habria incurrido acaso en el cruel error de que no tiene que guardar contemplaciones con el pudor el amor venturoso, y que no es debido respeto ninguno á aquellas de quienes ya no se temen rigores? Ah; si siempre hubiera V. pensado así, menos temible habria sido, y no fuera yo tan desgraciada! No se equivoque V., amigo mío, nada hay tan peligroso para los verdaderos amantes

como las preocupaciones del mundo; tantas personas hablan de amor, y tan pocas hay que amar sepan que la mayor parte creen que son sus mas suaves y puras leyes las maximas viles de un soez comercio, que en breve recurre ahito á los monstruos de su imaginacion, y para sustentarse se deprava.

No sé si me equivoco, pero me parece que es el verdadero amor el mas casto de todos los vinculos. El y su divino fuego son los que concentrandolas en un objeto solo nuestras naturales inclinaciones apuran; él quien de las tentaciones nos preserva, y quien hace que excepto un objeto unico nada es un sexo para el otro. Para las mugeres comunes todo hombre es un hombre; para la que en su corazon ama no hay mas hombre que su amante. Que digo? no es mas un amante que un hombre? Ah; cuanto es de mas alta esfera! Para la que bien quiere no hay hombre, su amante es mas, y todos los demas son menos, ella y él son los unicos de su especie, y no desean, que quieren. No sigue el corazon á los sentidos, que los guia, y cubre con un delicioso velo sus desvarios. No; no hay otra cosa obscena que la disolucion y su toseco idioma. Modesto siempre el verdadero amor, no arranca osadamente sus favores, mas los hurta medroso; y sus suaves deliquios los hacen mas agudos escondiendolos el misterio, el silencio y la vergüenza temerosa. Todos sus cariños los honra y los purifica su llama; hasta en el seno de la voluptuosidad le acompañan la honestidad y la decencia; y solo él sabe concederselo todo á los deseos sin privar de nada al pudor. Ah! diga V. que ha conocido los verdaderos deleites: ¿como puede hacer con ellos liga un descaro cinico? como no desterrar su hechizo y su delirio todo? y como no amancillar aquella imagen de perfeccion con que nos complacemos en retratarlos el objeto amado? Crea V., amigo mío, que no pueden morar juntos el amor y la disolucion, ni tampoco compensarse. Para quien ama la verdadera dicha la constituye el corazon, y cosa ninguna puede suplirla cuando se ha acabado el amor.

Mas aun cuando fuera V. tan malhadado que en ese deshonesto estilo hallara complacencia, ¿como se ha podido resolver à usarle tan fuera de razon y à gastar con la que bien quiere modales y tono que ni siquiera debe saber un hombre de honor? desde cuando es suave cosa afligir lo que se ama? y que inhumana delicia es la que en atormentar à otro se complace? No me he olvidado de que he perdido derecho à que me respeten; pero si lo olvidara alguna vez ¿le toca à V. recordarmelo? es el autor de mi culpa quien ha de agravar mi castigo? Antes deberia darme consuelos. Todo el mundo tiene derecho à despreciarme menos V. que me debe el precio de la ignominia à que me ha traído. Tantas lagrimas vertidas en desquite de mi flaqueza merecerian que mas humano la hiciera V. menos dolorosa para mí. No soy ni beata ni melindrosa. ¡Ay, cuan lejos estoy de estos excesos, yo que ni aun ser casta he sabido! Sobrado sabe V., ingrato, que nada puede negar al amor este tierno corazon. Pero à lo menos lo que cede solo à él quiere cederlo, y me ha instruido V. sobrado bien en su idioma para que le pueda sustituir otro tan distinto. Menos me hubieran agraviado insultos y golpes que semejantes halagos. O renuncie V. à Julia, ó sepa hacerse estimar de ella. Ya lo he dicho, no conozco amor sin pudor; y la perdida del de V. menos que semejante sacrificio me costaria.

Muchas cosas me quedan que decir acerca del mismo asunto, pero es preciso concluir esta, y las aplazo para otro dia. Note V. entre tanto un efecto de sus falsas maximas acerca del uso sin tasa del vino. Su corazon de V. no es culpado, estoy cierta de ello; pero ha llenado V. el mio de amargura: sin saber lo que hacia, desconsolaba un corazon que con tanta facilidad se sobresalta y para el cual nada de lo que de V. viene puede ser indiferente.

CARTA LI.

RESPUESTA.

No hay siquiera un renglon en su carta

de V. que no me hiele la sangre, y apenas creo, despues de haberla leído veinte veces que se dirige à mí. Quien? yo he ofendido à Julia? yo he profanado sus atractivos? aquella à quien à cada instante de mi vida rindo adoraciones ha sido blanco de mis agravios? No, mil veces me hubiera traspasado el corazon antes de haber ideado tan inhumano proyecto. ¡Ah; que mal conoces à este corazon que te idolatra, à este corazon que vuela y se postra bajo cada hellella tuya, à este corazon que quisiera inventar para tí nuevos homenajes ignorados de los mortales! ¿Que mal le conoces, Julia, si le acusas de faltar à aquel comun y vulgar respeto que el amante mas ordinario à su dama tributa! Creo que no soy ni insolente ni zafio; aborrezco las espresiones deshonestas, y en mi vida he entrado en los sitios donde se aprende à usarlas; pero lo diré despues de tí, y mas enojado que con justicia lo estas tú: cuando fuera yo el mas vil de los mortales, cuando hubiera gastado mis primeros años en torpes lupanares, cuando pudiera albergarse el gusto de vergonzosos placeres en un corazon donde tú reinas; ah! dime, Julia, angel del cielo, ¿como podria en tu presencia mostrar el desearo que solo con las que de él gustan puede usarse? Ah! no, no es posible. Mi boca se hubiera contenido, y hubiera purificado mi corazon una sola mirada tuya. Hubiera el amor cubierto mis arrebatados deseos con los encantos de tu modestia; sin agraviarla la hubiera vencido, y en la suave union de nuestras almas de solo su delirio hubieran nacido los errores de los sentidos. A tu propio testimonio apelo. Dí si en medio de los furrores de una pasion sin tasa cesé nunca de respetar su objeto encantador. Si he recibido el galardón que tan merecido tenia mi llama, di si he abusado de mi dicha para ultrajar tu amable vergüenza. Si alguna vez con temerosa mano atenté el tímido y ardiente amor à tus gracias, di si una zafia temeridad fue osada una vez siquiera à profanarlas. ¿Cuando por un instante corre un imprudente desvario el velo que las cubre, no sustituye el per-

don al punto el suyo? te abandonará un momento este vestido sagrado, aun cuando otro no tuvieras? Incorruptible, como tu honesta alma, le han alterado jamas los ardores de la mia? no es suficiente union tan afectuosa y tan tierna para nuestra felicidad? no constituye ella sola toda la dicha de nuestra vida? conocemos en el mundo otros deleites que los que el amor ofrece? quisieramos conocer otros? comprendes que se haya podido disipar este encantamiento? cómo? En un punto solo me habria yo olvidado de la honestidad, de nuestro amor, de nuestro honor y del inviolable respeto que siempre te hubiera tenido, aun cuando no te hubiese adorado! No, no lo creas; no fui yo quien ofenderte pudo, no me queda memoria de ello, y si hubiera tenido un solo instante culpa nunca me abandonara el remordimiento. No, Julia; un genio malo, envidioso de una suerte en demasia venturosa para un mortal, se ha revestido de mi figura para turbarla, y me ha dejado mi corazon; para hacerme mas desgraciado.

Abjuro y detesto una atrocidad que he cometido, una vez que de ella me acusas, pero que no participa mi voluntad. ¿Como voy à aborrecer la fatal desatemplanza que me parecia propicia para las confianzas del alma y que tan crudamente la mia ha desmentido! Por tí hago el irrevocable juramento: desde hoy renuncio por toda mi vida el vino como el mas mortifero veneno; nunca turbaré este funesto licor mis sentidos, nunca mancharé mis labios, ni su insensato delirio me hará pecar sin saber lo que me hago. Si quebranto este solemne voto, descarga en mí, Amor, el merecido castigo; salga al instante la imagen de mi Julia de mi corazon; dejándole entregado à la desesperacion y la indiferencia.

No pienses que quiero yo espiar mi delito con tan ligera pena; precaucion es esta y no castigo; y de tí aguardo el que he merecido, y le imploro para alivio de mi sentimiento. Venguese y apaciguése el amor ofendido, castigame sin aborrecerme, y sin murmurar sufriré la pena. Sé justa y severa; asi es necesario,

y yo me resigno; pero si quieres que quede con vida, privarme de todo menos de tu corazon.

CARTA LII.

DE JULIA.

Como? qué, amigo mio, renunciar el vino por su dama? Eso sí que se llama un sacrificio. Oh! yo apuesto à que no se encuentra en los cuatro cantones hombre mas enamorado que tú; y no porque no haya entre nuestros mozos señoritos francesados que beben agua por moda; pero tú seras el primero à quien se la haya hecho beber el amor; ejemplo que se citará en los fastos de los amorios suizos. Me he informado de tus hazañas, y he sabido con suma edificacion que cenaste ayer en casa del señor de Vuellerans, y dejaste hacer la ronda despues de la cena à seis botellas, sin tocarlas siquiera y que meudeabas los vasos de agua tanto como los convidados los de vino del Rhin. No obstante, ya ha durado esta penitencia el espacio de tres dias que hace que escribí mi carta; tres dias hacen lo menos seis comidas, y à seis comidas guardadas por fidelidad se pueden añadir otras seis por temor, y seis por vergüenza, y seis por costumbre, y seis por terquedad. ¿Cuantos motivos pueden prolongar penosas privaciones de que solo el amor se vanagloriaría! ¿Se dignaria este honrase con lo que puede no ser suyo?

Mas pobres chanzonetas llevo ya escritas que malas razones me dijiste tú; es tiempo de concluir. Tú eres naturalmente serio, y he conocido que una chanza larga te calienta como un paseo largo à un sugeto muy gordo; pero tomo en tí con poca diferencia la venganza que tomó Henrique IV en el duque de Mayena, y quiere tu soberana imitar la clemencia del mejor de los reyes. Además de que me temeria que à poder de sentimientos y disculpas llegara à ser un merito culpa tan bien redimida, y me quiero dar prisa à olvidarla, porque si mucho tiempo espero mas que generosidad fuera en mi ingratitud.

Por lo que à tu determinacion de re-

nunciar el vino respeta, no tiene tanto realce á mis ojos, como pudieras creer; no piensas las pasiones vehementes en esos mezquinos sacrificios, ni vive el amor de galatéo. Además de que á veces mas que valor es maña tomar asa del tiempo venidero para el momento presente, y pagarse de antemano de una abstinencia perdurable, que cuando se quiere se deja. ¡Ah, mi buen amigo! ¿es acaso en todo lo que los sentidos halaga inseparable del gozo el abuso? va la embriaguez necesariamente con el gusto del vino unida? y es tan cruel ó tan vana la filosofía que no ofrezca otro medio de usar con moderación de las cosas que agradan que la total privación?

Si cumples con tu palabra te privas de un gusto inocente, y aventuras tu salud, mudando de método de vida; si la quebrantas haces segunda ofensa al amor, y padece tu propio honor. Uso por tanto en esta ocasion de mis derechos, y no solo te dispenso de un voto nulo por haberle hecho sin mi licencia, sino que te prohibo que le guardes mas que hasta el termino que voy á prescribirte. El martes tendremos en casa la musica de milord Eduardo. Cuando saquen el refresco te enviaré yo la mitad de una copa de un puro y benéfico nectar, que quiero se apure á mi presencia y por mi intencion, libando antes unas gotas espítorias á las Gracias. Despues volverá mi penitente al uso sobrio en sus comidas de vino templado con el cristal de las fuentes, calmado, como dice tu buen Platarco, los ardores de Baco con el comercio de las Ninfas.

Hablando de la academia del martes, ¿no se le ha metido en la cabeza al loco de Regiano que podrá yo cantar una aria italiana, y tambien un duo con él? Quería que le cantara contigo para que lucieran juntos sus dos discipulos; pero hay en el tal duo ciertos *ben mio*, que corre peligro decirlos delante de una madre cuando hay algo en el corazon; mas vale aplazar esta prueba para la primera academia en casa de la inseparable. La facilidad con que he cogido el gusto á esta musica la atribuyo á el que me habia inspirado mi hermano á la poesia

italiana, y que he cultivado contigo; de modo que distingo con facilidad la cadencia de los versos, y que, segun dice Regiano, los pronuncio con buen acento. Cada leccion la empiezo leyendo algunas octavas del Taso, ó algunas escenas del Metastasio; y luego me hace decir y acompañar con el recitado, y creo que sigo hablando ó leyendo, cosa que no me sucedia por cierto con el recitado frances. Despues de esto, me hace sustentar con medida sonidos iguales y ajustados; ejercicio que me hacen bastante dificultoso los gritos á que estaba acostumbrada. Finalmente pasamos á las arias, y se encuentra que el ajuste y flexibilidad de la voz, la espresion patética, los sonidos esforzados, y todos los pasajes son natural efecto del canto y de la exactitud de medida; de suerte que lo que mas dificultoso de aprender se me hacia, ni siquiera necesita ensenanza. Tiene el caracter de la melodia tanta conexion con el tono de la lengua, y tanta pureza de modulacion, que basta con escuchar el bajo y saber hablar para descifrar con facilidad el canto. En ella tienen todas las pasiones espresiones agudas y fuertes; bien al contrario del rastro y penoso acento del canto frances, siempre facil y suave el suyo, aunque vivo y penetrante, dice mucho con poco esfuerzo: por fin veo que esta música agita el alma y deja sosegado el pecho, que es precisamente lo que mi corazon y mis pulmones necesitan. Hasta el martes, mi amable amigo, mi maestro, mi penitente, mi apostol. Ay! que no eres tu para mí? y porque á tantos derechos le ha de faltar un solo título?

P. D. ¿Sabes que se trata de un bonito paseo por agua, semejante al que hicimos dos años ha con la pobre Chailot? Qué tímido estaba entonces el bion de mi maestro! como temblaba cuando me daba la mano para salir del barco Hipocrita! y lo que ha mudado!

CARTA LIII.

DE JULIA.

¡Con que todo frustra nuestros proyectos, todo engaña nuestras esperan-

zas, todo desmiente ardores que hubiera debido coronar el Cielo! Juguetes viles de la ciega fortuna, víctimas tristes de esperanzas que nos escarnecen, ¡jocaremos siempre á un fugitivo placer, sin alcanzarle nunca! Las bodas tanto tiempo en balde deseadas, se habian de celebrar en Clarens, lo estorba el mal tiempo, y es menester celebrarlas en la ciudad. Debiamos hallarnos en ellas á solas; cercados ambos de enfadosos no nos podemos zafar de ellos al mismo tiempo, y el instante que uno de los dos queda libre, es aquel en que le tienen asido al otro. Presentase al fin un instante propicio, y la mas cruel de las madres viene á quitarnosle, faltando poco para que sea el momento que iban dos desventurados á ser felices el de su comun perdida. Lejos de desalentarme han irritado mi valor tantos estorbos: no sé que nueva fuerza me anima, pero me siento con una osadia cual nunca tuve; y si como yo tienes animo, esta noche, esta misma noche puedo satisfacer mis promesas, y pagar de una vez sola todas las deudas del amor.

Consultate bien, amigo mio, y mira hasta que punto te es grata la vida, porque el expediente que te propongo puede darnos á entrambos la muerte; no acabes, si la temes, esta carta; pero si no asusta mas hoy tu corazon la punta de una espada, que lo que otro tiempo le asustaban las simas de Meillerie, el mismo riesgo corre el mio, y no ha vacilado. Escucha.

Babí, que duerme en mi cuarto, está mala tres dias hace; y aunque yo queria absolutamente cuidar de ella, la han llevado á otro contra mi voluntad, pero va mejor y acaso volverá desde mañana. La sala de comer está lejos del aposento de mi madre y el mio, á la hora de comer está desierta toda la casa, menos la cocina y el comedor. Por fin, en esta estacion ya hace noche oscura á aquella hora, su velo puede facilmente ocultar á los curiosos la gente que pasa, y sabes perfectamente los rincones de la casa.

Con esto basta para que me entiendas. Ven esta tarde á casa de mi Paca, te

explicaré lo demas, te daré las necesarias instrucciones, y si no puedo las dejaré por escrito al consabido depósito de nuestras cartas, donde, como te tengo advertido, hallarás ya esta porque el asunto es de tanta importancia que no me atrevo á fiarla de nadie.

¡Oh, como veo ahora latir tu corazon! como leo tu arrebato, y como crece con él el mio! No, dulce amigo mio, no, no dejaremos esta corta vida sin haber disfrutado un instante de felicidad. Piensa, con todo, que este instante se presenta cercado de los horrores de la muerte; que tu entrada está espuesta á mil peligros, que tu estancia es aventurada, y tu retirada de infinito riesgo, que somos perdidos si nos descubren, y que es necesario que todo nos favorezca para que podamos evitar de serlo. No nos equivoquemos; tengo sobrado conocido á mi padre para dudar que te viese al instante traspasar el corazon por su propia mano, como no empezara por mí, porque ciertamente no me dejaria viva; ¿y crees que te espusiera yo á tamaño riesgo, si no estuviera cierta de que era igual para entrambos?

Piensa tambien que no es asunto de fiarte en tu valor, ni soñarlo; y te prohibo formalmente que traigas arma ninguna para defenderte, ni siquiera tu espada, que fuera enteramente superflua, porque si somos cogidos estoy resuelta á precipitarme en tus brazos, estrecharte con fuerza en los mios, y así recibir el golpe mortal para no tener que separarme mas de tí, mas dichosa en mi muerte que en mi vida lo he sido.

Espero que nos está reservada suerte mas grata, á lo menos veo que nos es debida, y se cansará la fortuna de ser con nosotros injusta. Ven ya, alma de mi corazon, vida de mi vida, ven á reunirme contigo mismo, ven bajo los auspicios del tierno amor á ver remunerada la obediencia y tus sacrificios; ven á confesar en el seno de los deleites que de la reunion de los corazones nace su mayor encanto.